



S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A

AÑO I

MADRID, 24 DE DICIEMBRE DE 1942

NÚM. 51



NAVIDADES DE ESPAÑA

SUMARIO

Nochebuena vascongada, por Pedro Murlane Michelena. Página 2.
 La Navidad en Valencia, por José Antonio Pérez Torreblanca. Página 3.
 La Navidad catalana, por Félix Cerdano. Página 4.
 La Navidad en Galicia, por Julio Fuertes. Página 5.
 "Gloria in excelsis Deo". (Antología de canciones de Navidad). Páginas 6 y 7.

Nacimiento andaluz, por Manuel Díez Crespo. Página 8.
 La Navidad en Andalucía, por Tristán Yuste. Página 9.
 La Nochebuena en Madrid, por Ledesma Miranda. Página 10.
 La Navidad en Castilla, por Andrés M. Mateo. Página 12.
 Ilustraciones de Tauler, Eguía, Pedro Bueno y De la Riva.

NOCHEBUENA VASCONGADA

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

SON escasas las huellas que la Navidad deja en el vascuence. Hacia este idioma venerable se inclinan con curiosidad los mejores filólogos. Es para España un monumento nacional y para la ciencia del lenguaje un enigma a la vez que un tesoro. La cortesía de un príncipe, la de Luis Luciano de Bonaparte, supuso que ese idioma de milenios se refugiaría en las montañas para morir más cerca del cielo. El, con todo, lo estudió hasta en sus formas dialectales más apartadas, como la salacencia o la del Valle del Roncal. Al tributo del príncipe a la lengua que briza cunas en el Pirineo, como al del Humboldt, se asocian años después Wentworth Webster, Hugo Schüchardt, nacido en Gotha hace cien años justos, y que fué el segundo Mezzofanti; Uhlenbeck y otros grandes filólogos.

Hemos expiado la impertinencia con que nuestra pluma escribió que de los idios del lingüista con una lengua no sale prole para la historia. Con ocasión del centenario de Schüchardt, el patriarca de Gratz, nos hemos prohibido esa frase, que era como una trufa de pobre. Tanto como vascológico fué Schüchardt vascófilo, y en sus estudios, de un rigor y de una disciplina ejemplares, palpitaba mucho "intelecto d'amore". Era gran amigo de España y de lo que él llamó sus patrimonios insignes, y conviene en este punto disipar un equívoco que desconcierta todavía a algunos. El amor al vascuence y el amor a la unidad indivisible de España han ido en tierra vasca casi siempre juntos. En el bizcarrismo son abogados y no lingüistas los que ponen la peor levadura. De Webster era un estudio "Influencias de los fueros pirenaicos en la Constitución británica", y con textos de esta disertación se apoyaban dos o tres juristas para rastrear nada menos que la huella vasca en el "habeas corpus" de los ingleses. Ni Webster ni otros viajeros que han elogiado a

Vasconia quieren ser leídos al pie de la letra. Rudimentos de Cortes constitucionales hay en el Derecho Vasco como en el Derecho de otras comarcas españolas. El primer árbol de la libertad en las Guernicas de España es posiblemente el canon segundo del octavo Concilio de Toledo. Este canon sí es un "habeas corpus", y lo es siglos antes de que vean la luz la "Magna Carta" de Inglaterra o "La Bula Aurea" de los húngaros.

En el Derecho de la vieja España, en el que están latiendo las reminiscencias del Derecho Romano, como también del germánico, del canónico, del árabe y del judío, hay textos tan invocables como el canon segundo del octavo Concilio, para conferirle a la libertad política abolengo en la patria del Fuero Juzgo.

La primera Declaración de los Derechos del Hombre está en el orden jurídico de la España visigótica, es decir, germánica. Filken o Hinojosa, von Keller o Volhauter han dado sobre el particular toda suerte de luces a los estudiosos.

En la historia de los derechos fundamentales el País Vasco no precede a otras regiones, ricas como él en leyes protectoras de la libertad del hombre. ¿Y qué? La caracterización peculiar de Vasconia para el Derecho consuetudinario no se tiene en pie. Quien ame como nosotros aquel rincón — "ángulus ridet" — puede repetir que el hecho genuino de su intimidad tan sólo reside en su idioma.

"El idioma, no; el Derecho", replicaba tal cual abogado, a la vez que otras voces imperiosas, pero sin madurez, interrumpían: "Ni el idioma ni el Derecho: la raza". ¡Bah! Eran voces de nacionalistas que de las eses solares de las estelas antiguas hicieron rectilíneamente seis palos de swástica. Ni raza, ni derecho, ni etnografía del yugo o del tejado, ni melodías populares, ni folklore—decimos nosotros—aduzcan en pleitos ya ventilados la origi-

nalidad de que carecen. El idioma, en cambio, la tiene, y es por eso para España uno de sus monumentos nacionales. Ese vascuence con siglos amuralla de misterio la intimidad de aquella gran familia pirenaica y la hace poco accesible... Hay un secreto en Vasconia que no es comunicable sino en el vascuence que ha cantado junto a las cunas. Ese es orden privado empero, pues que en los órdenes del alto espíritu es allí el castellano lengua que sigue a la universal monarquía que lo configura todo. En tierra vasca, como en las tierras todas de España cuya unidad, como la de sus hombres, quiere el nuevo Estado, se legisla, se batalla, se escribe, se navega y se funda en el gran idioma de Cortés y de Cervantes, en cuyos dominios no se pone todavía el sol.

Los villancicos más remotos en vascuence son los que Joannes de Etcheberry, doctor en Teología, da a la estampa en Bayona, en su "Noelak eta bertze cantak...", etcétera, en 1630. No vuelan más allá del horizonte usado para cruzar los montes con nieve de Echalar o de las mugas del Bidasoa. Vuelan menos aún sobre las edades y no le piden un poco de su magia a la música. No han sido cantados apenas y están para siempre yertos. Coplas a las que ni el canto ni el habla olean no lo han sido en rigor, y estos villancicos de 1630 se han prematuramente secado. Siguen siendo del doctor Etcheberry, y no de todos y de nadie, como las coplas que dejan el grano de sal divina en la boca. Han salido, al fin, de un infolio, y no en la noche del éxtasis, del violín de caña del pastor de estrellas. Que el libertino encanezca ermitaño y se acueste como el señor de Rancé en la trapa sobre una cruz de ceniza, bien está. Mas no menos bien ha estado siempre cuidar en Nochebuena el punto del asado allí donde se ceban capones para el Sacro Colegio y beber sin que la copa se enfríe un solo segundo. El

doctor de Etcheberry no dió a la gula lo que es de la gula ni a la fantasía lo que es de ella sola, y sus villancicos se han quedado mustios. Y no es que estén mal rimados ni que el autor no supiese lo que es una tonada para rabel. Conocía los "noels" más puros de Francia y los villancicos sacros de nuestra literatura. En 1630 no era difícil haber oído en la merindad navarra del Pirineo bajo, las coplas de Juan del Enzina, oralmente propagadas:

Vámonos de dos en dos,
aballemos a Belén,
porque percanemos bien
que es el Hijo de Dios.
Gran salud nos envió.

¡Huy, ho!

En Belén dicen que está.
¡Huy, ha!

Pues Aquel que nos crió
por salvarnos nació ya.
¡Huy, ha! ¡Huy, ho!

Que aquesta noche nació.

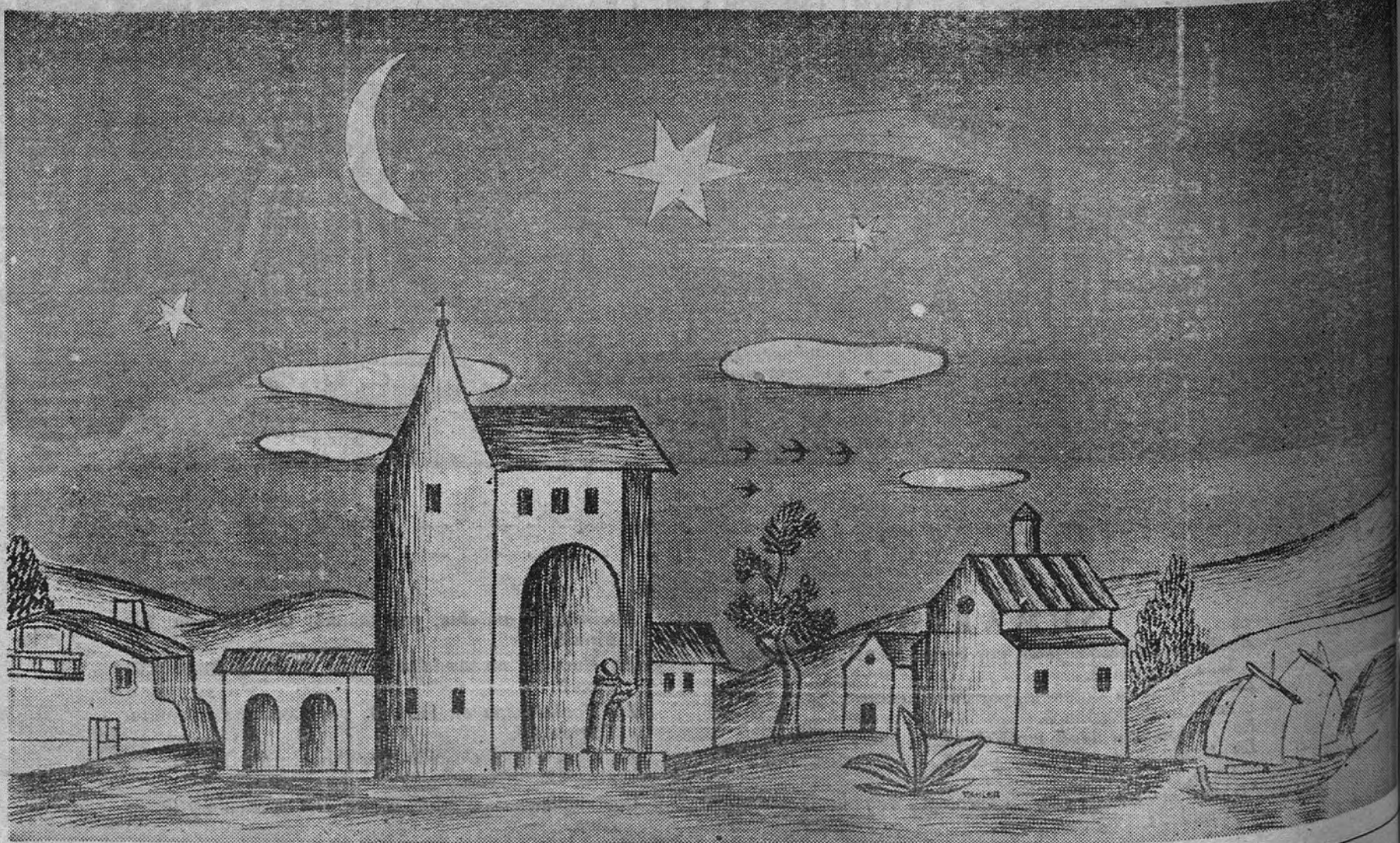
Etcheberry no canta, sino escribe:

Jainki gaiten kristauak
Guziak oetarik
Es gaiten Elizarat
Boz eta alegararik.
Aingeruen kantak
Gaituzte gonbidarten
Artzainen maniretek
Lotarik iratzarten.

(Cristianos, levátemonos
todos de las camas.
Acudamos a la iglesia
estremecidos de júbilo.
Los cánticos de los ángeles
nos están instando,
y los rabeles de los pastores
nos despiertan del sueño.)

Otros villancicos en vascuence datan de 1691 y son también como ofrenda un puñado de hierba seca en la "Vida del Apóstol Santiago el Mayor", escrita por el jesuita D. José de Lezamiz, cura de la Santa Iglesia Catedral de México. No nos han sido tampoco cantados ni menos bailados en la noche que, según fray Ambrosio

(Continúa en la página 11.)



LA NAVIDAD EN VALENCIA

Por JOSE ANTONIO PEREZ TORREBLANCA

A gracia poética del Belén se logra desde hace casi dos mil años sacando el Niño Jesús al relente de la media noche. Ni el tibio regazo de Nuestra Señora, ni el vaho de las bestias enarabadas del prodigio, ni el calor de la paja muerta en el pesebre, serían elementos esenciales del Nacimiento si no estuviera todo rodeado por el patetismo de la noche amenazadora, con la luz de las estrellas cristalizada de hielo. Este maravilloso Misterio de la cristiandad, que durante una hora del invierno deja al dormido con la respiración cortada, revela a los hombres el goce inocente de la buena mesa y de la cama caliente. Más allá de la ventana es preciso que la nieve o la escarcha queden vencidas por el ascua roja de esta alegría recién nacida. Hasta los niños saben que la estrella de los pastores luce tan vivida y azul porque la clarifica un frío tremendo. Y así se humaniza—y hasta puede corromperse—la emoción de que un Niño tan pequeñito esté desnudo en una gruta, sin sentir el frío: rebujándose en lana, en el calor de la chimenea, en el gusto de la golosina y el vino, en el ardor de la canción a coro. Las mejillas de las muchachas se tiñen de una lumbre casi embolagosa. Mientras los villancicos van y vienen en el aire, podemos confiarnos al impune ejercicio de la libación, porque ya tiene el mundo su Salvador, que nos garantiza una vida donde no todo es impura y pecaminosa fisiología. El Niño-Dios ha vencido al frío a fuerza de milagros. Pues venzámosle nosotros también a fuerza de ruido, de alegría y de vino, que no son sino elementos milagrosos. Y por nosotros va puede estar nevando en Cofrentes.

Pero la Nochebuena de Valencia no tiene nieve. Más exactamente: la nieve de la Nochebuena valenciana está en Sierra Aitana, a 135 kilómetros, que antes de la guerra era para los esquíadores una distancia del orden de las dieciocho o diecinueve pesetas, pero que ahora, con lo intregables que se han puesto las carreteras, es una distancia de bastante consideración.

Falta, pues, la áspera e insustituible cooperación del frío. Para que Valencia tuviera una escenografía navideña medianamente aceptable, sería preciso enmascar su florido suelo con un tonelaje tal de harina candela y de azúcar de remolacha, que pondría sudor frío en las respetables sienes de Abastecimientos y Transportes. Por el momento, esta solución parece problemática.

Al contrario de lo que sucede en la Navidad castellana, donde la intemperie se queda hermosa y desamparada, esperando el preso fantasmal de los pastores por los escañados secos, Valencia celebra una buena verbenera y agostada, de puertas afuera. Esto no tiene nada de particular. Desde Castellón a Denia, las naranjas duermen en los huertos, como gorriones de oro. Las hojas brujadas de la arboleda fosforescen bajo la luna. Hay una brisa húmeda y tibia que trae a ratos salobre de fondeadero y olor a boquerón. El agua lleva por las acequias un ruido monótono, glotón y pastoso, que es el canto universal de la buena tierra de regadío. Se presiente la selva, el oasis, o, acaso, cuando la vista tropieza con la esbelta palmera, un aire asiático del Antiguo Testamento, como si la noche, dejando el cántaro apoyado en el brocal del pozo, soñara con la frente entre las manos.

Aquí, el Niño Jesús no necesita calefacción. Podemos verlo recién nacido en medio de la calle, sin que la piedad ni la compasión nos levanten escalofríos. Podemos llevar su canastilla de rosas frescas y de limones olorosos. Podemos coger la mula y la vaca y marcharnos a Alcoy a traer una carga de peladillas, seguros de que San José no se va a disgustar con nosotros. Aquí no pondremos a Nuestra

Señora el manto de lana dulce, sino de cendal fino. Los pastores pueden venir muy bien en zaragüellos y con juboncillo de algodón. Las ovejas churras no se quedarán tiritando en la puerta de la choza; ni el vaho de su respiración empañará el metal de las estrellas, como vapor del puchero. La estrella milagrosa puede tener muy bien una luz algo cansada, opalina, como amortajada por húmedas evaporaciones de bosque, que es el matiz con que la luna—la luna de Valencia—se levanta tarde algunas noches por la parte de Sagunto.

Esta es una Nochebuena blanda y fácilona, sin el mérito de la ardua victoria decembrina contra el frío de Belén. ¡Que le vamos a hacer, hermanos! El mérito de los pueblos calientes consiste en mantener la dificultad virtuosa, que no se les entrega naturalmente, a fuerza de saber imaginársela. Adorar a Jesús, sabiendo que nace sin frío y casi regaladamente, constituye un grado de manifestación del sentimiento cristiano que Dios agradece a los levantinos como un tributo espiritual de suma elegancia. Otros pueblos tienen nieve y cristales de hielo puro para rodear con el bellissimo paisaje de la nada ese botón de júbilo celestial que es el Nacimiento de Cristo. Valencia, no. Valencia le muelle el colchón de flores en el pesebre; le abre

la puerta de la gruta para que el aire templado ore sus carnicitas recién amaneidas; le pinta de colores muy vivos la primera aparición del mundo infinito y diverso que El ha de redimir; le brinda turrones, mazapanes, hojaldres y yemas; le canta unos villancicos que tienen un lejano regusto provenzal a vino dulce. Y encima de todo pone una luna caliente y anaranjada.

Y después, Valencia—manta de madroños, tamboril y dulzaina, blusa oscura y fajo de billetes—se va a montar en los columpios de la feria de Navidad.

Cuando el señor Blasco—que tenía un corazón grande, impetuoso y descreído, como el de un buey—quiso llevar a la no vela el tipismo de la Nochebuena valenciana, se quedó, como ahora suele decirse, en la rama. Pintó una Navidad con tanto frío que los pajarillos se caían de los árboles quejándose amargamente. "Tonel" andaba con las manos metidas entre la manta, acariciando un relaco. Los niños del Palmar tenían las narices como caramelos de frambuesa, y el viento ameloconaba las barbillas amoratadas de las pescadoras. Por lo demás, el Niño Jesús tenía menos importancia que la banda de música de Catarroja. Y "les albaes", con mucho vino, mucha pólvora y poca gracia, no tenían nada que ver con la deli-

ciosa ingenuidad del villancico "virginibus puerisque", que la cristiana Valencia brinda tan pródiga y delicadamente como el que más.

En realidad, yo no he visto todavía la Nochebuena en El Palmar. Sospecho que el Sr. Blasco tampoco la vió nunca. Pero aunque fuera cierta en su integridad la fangosa Natividad de "Cañas y barro", no olvidemos que Valencia, para todo lo inmaterial y trascendente, radica en un espacio de quinientos metros de radio, todo lo más, en torno a la torre de Santa Catalina. La Valencia montañesa, la huerlana y la pescadora integran una tácita federación cuya norma canónica se decreta en el corazón gótico, gremial y patricio de la Valencia urbana. Esta tierra despista con mucha facilidad. Una cierta tumefacción humana en las aglomeraciones, y especialmente en los espectáculos y en los tranvías, hace opinar de buenas a primeras que el desafuero permanente de una ruralidad ablusada, gorda, vaporígena, petulante y adinerada, es la cifra civil e inmutable de Valencia. Claro es que todo esto tiene de verdad la cáscara, la cáscara del arroz, o el arroz sin cáscara, como ustedes quieran. Algún día intentaremos escribir un ensayo sobre la naturaleza conagosa del arroz.

(Continúa en la página 11.)



La Navidad catalana

Por FELIX CENTENO



CATALUNA, con un calendario pletórico de conmemoraciones, guarda sus tradiciones con verdadero celo y las ha sabido conservar incommovibles a través de las vicisitudes más peligrosas: el maquinismo, la industrialización, el crecimiento de un puerto cosmopolita, la europeización creciente. Todas las fiestas conmemorativas de la Cristiandad tienen en aquella tierra un sabor profundo y entrañable. En las mañanas soleadas del invierno, como en las calientes y húmedas del verano, o en las desbordantes de la primavera o el otoño—en que el olor de los campos traspasa el humo de las chimeneas fabriles y llega al corazón de la misma Barcelona—, las campanas voltean alegremente anunciando la fiesta. Y es de ver cómo son de esplendorosas y unánimes las fechas solemnes en la gran familia catalana. Cada hogar, el rico como el pobre, ha sabido transmitir de generación en generación, el rito y la parte que a la familia corresponde en cada uno de estos faustos sucesos. Todos los catalanes, al unísono, celebran los días señalados, y para ello se hace el dispendio que sea menester. Las mejores ropas—¡y qué ropas!—; las viandas abundantes—con el condimento sabrosísimo

de la cocina del país—lleen las mesas hogareñas, el vinillo conjuga la digestión armoniosa del ágape. Sí, Cataluña es la tierra de las grandes conmemoraciones y tiene para ello un ritual ceremonioso y complicado, en el que van comprendidos desde las dalmáticas de los maceros de las Corporaciones hasta las mantillas bordadas en Bruselas que llevaron las abuelas y adornan ya la cabeza de las nietas.

* * *

Y, sin embargo, existe una fecha en nuestro calendario que en Cataluña tiene una significación distinta de las demás regiones españolas. Precisamente, la de hoy: la Nochebuena. Para los demás españoles esta noche es el centro de gravedad del año cristiano; noche de una emoción única, incomparable, celebrada con desbordante júbilo; tan grande, tan grande, que la alegría sólo tiene paralelo de magnitud con la tristeza de otro día, aquel en que el Señor muere en la Cruz. Las horas últimas de esta tarde del 24 de diciembre tienen para todos recuerdos imborrables, y en ellas recordamos los más lejanos días de la infancia. Esas horas de compras, esas milagrosas cinco o seis horas en que todos somos ricos, en que la muchedumbre invade las tiendas

y realiza todos los sueños contenidos, adquiere los manjares favoritos, de cuyo saboreo hubo de privarse en el resto del año por imperativo de la economía doméstica. Y luego, cuando ya entramos en la Noche—tres, dos horas antes del instante en que el Salvador vino al mundo—la familia en torno a la mesa. Para esta solemnidad se ha mejorado hasta la iluminación y el pobre ha encendido su buen brasero. En esta noche, el hombre que se halle sólo en la gran ciudad, se siente como el naufrago en medio del océano.

No es esta la Nochebuena catalana. ¿Pero cómo! ¿No es esta la Nochebuena en la Cataluña tradicional y cristiana? No, porque en Cataluña esta noche sólo es la víspera de Navidad. ¡Navidad! ¡“Nadal”! Si en otras partes se celebra la venida del Señor en la misma noche del aniversario, en Cataluña es al día siguiente, cuando ya el Niño Dios ha recibido la caricia del sol y las campanas repiquetean alegres y el mundo está conmovido ante la grandeza del hecho único.

Lo que en los hogares castellanos es la Nochebuena, es en los hogares catalanes la comida de Navidad. Eso y mucho más. Nosotros nos reunimos en familia, los que habitualmente vivimos bajo el mis-

mo techo. En Cataluña, la mañana del 25 de diciembre es la gran jornada de los viajes, porque presididos por la más vieja rama de cada árbol familiar, se reúnen todos los descendientes. Abundan por centenares las mesas en que se agrupan cuarenta y cincuenta miembros de una sangre. El viejo comerciante ve llegar con alegría a sus hijos desparrramados: el ingeniero, que acude desde Lérida; el médico, que procede de Tarragona; el químico, que viene de Mataró, y con ellos sus mujeres y con todos, los nietos, la prole numerosa, los nietos que se lanzan sobre el butacón disputándose los besos del abuelo.

Una ciudad como Barcelona, que en la Nochebuena no pierde su ritmo y fisonomía registra en cambio, el curioso fenómeno de quedar desierta, repentinamente, a primera hora de la tarde en el día de Navidad. Soledad impresionante en la urbe que poco después va a ser un río humano, un delta canalizado en calles rectas con crecida de muchedumbre en jolgorio.

En el día de Navidad se ha hecho muchas veces en Cataluña la última fotografía del abuelo rodeado de todos sus descendientes, con ese detalle tierno y fatal del más chiquitín sobre sus rodillas. Es este

(Continúa en la página 8.)

La Navidad en Galicia

Por JULIO FUERTES

Lo mejor que le puede a uno ocurrir, en cuestión de viajes, es caer un día—un día cualquiera—en tierras gallegas. Importará poco que sea verano o invierno, que el paisaje luzca bajo soles claros, bajo neblinas grises o bajo nubes oscuras, casi negras, que descargen monótonamente una lluvia interminable. El viajero volverá inexorablemente. Por fúgax que sea su visita, unos agentes imponderables le prenderán el ánimo. Al margen del «turismo», de lo que «obligadamente» se debe visitar como reliquia histórica, religiosa o arquitectónica, el viajero hallará motivos fundamentales para volver. Tan fundamentales que apenas podrá explicar en qué consisten.

Tenemos, para empezar así, nuestra personal experiencia y los relatos mejores.

—Llegué yo un día a La Coruña—nos decía un amigo—en pleno enero. Iba triste, porque todo el norte español me había deparado angustiosas e interminables horas de lluvia, de las que apenas me defendía con mi impermeable y mis altas botas de goma. Pero resultó que en La Coruña lucía el sol, un sol espléndido...

—¿Pero tú no sabes—le interrumpí—que a mí me da la impresión de que en Galicia luce siempre el sol?

—Sonríe, entre irónico y agradecido, un tercer interlocutor, gallego por cierto, y dijo sin abandonar su sonrisa:

—Sí, también Galicia tiene sol, pero la verdad es que llueve mucho, muchísimo...

Y luego, abandonando la sonrisa por un gesto melancólico, continuó:

—Vosotros sois viajeros, aves de paso. Cuando vais a Galicia, lleváis del sol y luego volvéis al sol. Nosotros quedamos allí bajo la lluvia implacable...

Hizo una pausa y reanudó sus palabras como hablando consigo mismo:

—Pero Galicia tiene tales bellezas y de tal modo atractivas, que un viajero, por muy meridional que sea, comprende que allí el sol no es nada, que es apenas un accidente del paisaje, y el paisaje es tan fuerte, que súbitamente, al sumergirse en él, la apetencia de luz, de calorías, se adormecen en un tibio baño de nieblas, de lluvias impalpables...

—Después—interrumpí recordando mis peregrinaciones gallegas—, cuando uno se mete bien en la tierra, acaba uno por olvidarse del sol.

Otra vez el gallego sonrió irónico ante la cortesía, y, como adivinándose el pensamiento, exclamó:

—¿Las comidas, claro!

—Sí, las comidas; ¿por qué no?

Hubo una larga evocación de platos: la empanada de raxo, las vieiras, la caldeirada, las sardinas con castillos, el lacón con grelos y la interminable lista de golosinas.

—Me gustaría—dijo el otro amigo—pasar por allí unas Navidades. ¿Cómo debe de comerse entonces!

—En Navidades llueve más que nunca, y a vosotros es posible que tampoco os gustasen las comidas típicas de esos días, que son a base de bacalao.

—¿Y por qué el bacalao?

—Pues no lo sé exactamente. Digo yo que será por la vigilia...

—Pero, bueno—reproché con mi natural aversión al salado pez—, habiendo tantas clases de pesca...

Años después creí dar con el secreto. Pasé unas Navidades en Galicia, junto a una ría, en un pueblecito pescador.

Llovía incesantemente una agua fina y espesa. Parecían lavadas las anchas losas del muelle y los menudos cantos de las calles, que daban cauce en su centro a minúsculos riachuelos. Las pequeñas embarcaciones, con sus velas bien plegadas, parecían dormir acunadas en la marea creciente. Nadie había en ellas ni a nadie parecían esperar. Sus patrones y sus marineros celebraban la Pascua con un pez conservado en sal, un pez que no tenía que pescarse aquel día: el bacalao.

Caíne orgulloso de mi descubrimiento. La vigilia y la falta de otra pesca convertían en plato de lujo apto para la gran fiesta al bacalao.

Llegué a la aldea sin haberla divisado hasta que ya estuve en ella. Cincuenta casas diseminadas, que enlazaban graciosamente las carreteras, era toda la aglomeración urbana en la que iba a pasar la Nochebuena.



Por la precipitación con que me sorprendió la noche supuse que el sol hacía ya mucho tiempo que se había puesto tras inmensos toldos de nubes plomizas que un viento sur hacía caminar velozmente. De todas las casas salían cánticos y músicas que me hacían suponer fácilmente las escenas que en ellas se desarrollaban. Una ronda de mozos y mozas que venía corriendo abajo me hizo apartarme contra el tapial. Protegido por el oscuro ramaje de un loureiro, la lluvia fina que empapaba mi impermeable se transformó en anchos goterones que el árbol derramaba sobre mí como lágrimas.

La ronda, parada ante el iluminado portal de una casucha, con ese juego de voces que es tan fácil y familiar a las gentes del Norte, entre un sonar de pandeiros, ferreñas, cunchas y gaitas, cantó así:

«Vamos a Belén, amigos;
vamos, qu'a noite está crara:
Mingos leve as castañas,
o seu pandeiro Pascoala.
¡Ay, que Neno tan bonito!...
¡Qué cariña tan galana!...
¡Nunca Neno tan fermoso
viron as nosas montañas!»

De la casucha salieron rapaces y mayores que se unieron al coro e invitaron después a esta demanda, entonada como estribillo final:

«Treya o aguinaldo,
si o ha de dar,
castañas e zonchos
para debullar.»

Acompañando a la ronda llegué a la casa de la que era huésped, en cuyo ancho portal me refugió rápidamente. No

tanto por protegerme de la lluvia como por contemplar y escuchar mejor las canciones de aquel lozano y alegre grupo de mozos y mozas.

Cambió música y letra, y con mucho mayor ímpetu que antes le escuché:

«En Belén hay moitas festas
e tocan pitos e flautas;
vamos nos alá tamén
a lucir as nosas gaitas.»

Y tras una pausa, entre un suave runrún del «pandeirol» y un cristalino repicar de «ferreñas», en tono mucho más bajo y dulce, como quien entona una «anana»:

«Falade ben baixo
petade ponquillo
pra que non desperte
o noso nenino.»

Y luego, otra vez más fuerte y con todos los instrumentos en uso:

«¡O nenino está nas pallas
¡a Virxen está ond'él,
San Xosé tamén estaba
pasmadiño de car'él.»

La ronda fué invitada a entrar en una gran pieza señorial, entre comedor y cocina, en cuyo «llar» ardía una enorme lumbre custodiada por morillos y rodeada de grandes ollas y cazuelas humeantes. Sobre la redonda mesa, con blancos manteles, comenzaron a aparecer, como de milagro, fuentes con golosinas. La compañía de peras, fruta otoñal guardada desde los últimos días de noviembre; las castañas cocidas con su piel, las torrijas bien meladas y las «bollos» amasados con harina de una «cunca» de maíz llevada la víspera al molino en el «fulico» y cocida luego entre la «borralha» de la «lareira».

Los honores de la casa los hacía el familiar más antiguo y representativo, que mostraba orgulosamente el Belén construido para solaz de rapaces y embeleso de mayores.

Marchó la ronda, y aun llegaron varias más antes de la cena, pues estaba en una casa de grandes y rumbosos señores, cuando apareció la última compuesta por invitados, en el momento en que el jefe de la casa hacía la señal de la cruz para dar comienzo al Rosario.

Forastero, en puesto de honor, todas las cosas me fueron abundantemente explicadas durante la larga y copiosísima comida, en la que no faltaron sendos platos de bacalao guisado con coliflor y con pasas, respectivamente, y que terminó —¡al fin!— con una golosina especial, típica y famosa en la provincia de Pontevedra, que elaboraban las monjitas de Vista Alegre en Villagarcía de Arousa.

No puedo recordar el nombre de este exquisito dulce; pero no oído su delicioso y vario sabor y su presentación en redondas cajas de madera. Desde días antes de la fiesta niños y mayores acudían al portal de las monjitas a buscar la golosina, que aparecía en el torno como a la ritual invocación del «Ave María Purísima», que era contestado desde dentro con suave voz nasal con el «Sin pecado concebida».

En la caja reposaba una pasta elaborada con diversas frutas que se secan en ella y forman una consistente jalea que se deja cortar dócilmente.

La cena casi se empalmó con la marcha a la iglesia para oír la Misa del Gallo.

(Continúa en la página 8.)

« G L O R I A I N E X

ANTOLOGIA DE CANCIONES DE NAVIDAD

Callar...

Dicen que el Niño ha nacido
y el corazón en la brisa
tiene una fiesta imprecisa
de campanario sin nido.
Siempre hay un Niño dormido
junto al silencio... Vivir
sin despertarle ni herir
con la nieve su garganta...
Callar, es la noche santa...
No la debemos dormir.

Callar... Si el Niño tuviera
siquiera luz por abrigo,
luz indefensa en el trigo
de la sonrisa primera;
callar; si el Niño quisiera
descansarnos de vivir
y el viento dejara oír
su alegre mensajería...
Callar... Habla todavía...
No la debemos dormir.

(De «Retablo Sacro del Nacimiento del Señor». 1941.)

LUIS ROSALES

Anda acá, pastor...

Anda acá, pastor,
a ver al Redentor.

Anda acá, Mingüillo,
deja tu ganado,
toma el caramillo,
zurrón y cayado.
Vamos sin temor
a ver al Redentor.

No nos acerquemos
sin llevar presente;
mas, ¿qué llevaremos?
Dilo tú, Llorente.
¿Qué será lo mejor
a ver al Redentor.

Yo quiero llevarle
leche y mantequillas
y para abrigarle
algunas mantillas,
para ir con amor

Con aquel cabrito
de la cabra mocha
le daré un quesito
y una miga cocha,
que tendrá sabor,
sabor al Redentor.

No piense que vamos
su Madre graciosa
sin que le ofrezcamos
más alguna cosa,
que es de gran valor

Madre del Redentor.

JUAN DEL ENCINA

1469-1529

Ro, ro, ro...

Ro, ro, ro,
nuestro Dios y Redentor,
¡no lloréis, que dais dolor
a la Virgen que os parió!

Ro, ro, ro.

Niño, Hijo de Dios Padre,
Padre de todas las cosas:
cesen las lágrimas vuestras,
no llorará vuestra Madre,
pues sin dolor os parió.

Ro, ro, ro.

¡No le déis vos pena, no!
¡Ora Niño: ro, ro, ro!
Nuestro Dios y Redentor,
¡no lloréis que dais dolor
a la Virgen que os parió!

Ro, ro, ro.

GIL VICENTE

Chiquito, di, ¿por qué estás...?

—Chiquito, di, ¿por qué estás
temblando de frío?

—Hombre, por quererte más
que tú mismo me has querido.

—Siendo Tú quien ha criado
Cielo y Tierra y toda cosa,
con tu mano poderosa,
¿cómo estás tan abreviado
o, por qué, Niño, te das
del amor enternecido?

—Hombre, por quererte más
que tú mismo me has querido.

Mi Dios humanado...

Mi Dios humanado,
sedás bienvenido,
del amor vencido.

Al frío en el heno
nacéis por mí,
y así quedo lleno
del bien que perdí,
pues os dáis aquí
en mí convertido
del amor vencido.

(De «Natividad», Ms. Barbieri,
1556. Biblioteca Nacional.)

¿Quién te trajo, Rey de la Gloria...?

—¿Quién te trajo, Rey de Gloria,
por este valle tan triste?

—¡Ay, hombre! Tú me trajiste.

—Bien de todos nuestros bienes,
de eterna Gloria señor,
¿quién te trajo como vienes
a este valle de dolor?
De los Cielos hacedor,
¿cómo ser hecho quisiste?
Siendo Dios, ¿cómo naciste?

—Siendo Dios, ser Dios y hombre
quise yo y púdelo ser,
recibiendo forma y nombre
que no solía tener.
Por morir quise nacer;
que a mi muerte causa diste,
cuando la vida perdiste.

—Poder de todos poderes,
pues nos puedes redimir
sin que mueras, ¿por qué quieres
por redimirnos morir?
Pues salvarnos, sin venir
desde tu trono, pudiste,
di, Señor, ¿cómo viniste?

—Perdiste tanto en perderte
por la culpa cometida,
que no muriera tu muerte
si no muriera mi vida;
la causa de mi venida
en que el remedio consiste
es morir, pues no moriste.

—Hombre-Dios; sin hombre padre
Luz de luz, Verbo engendrado
Dios que de humana madre
procedistes humanado;
por Ti sea trasladado
el hombre que redimiste
al Cielo, de do viniste.
Lo que fuiste siempre, siendo
lo que no eras, tomaste;
de mujer virgen naciendo
Hombre-Dios siempre quedaste;
nuestra vida separaste,
nuestra muerte destruíste.
¡Gloria a Ti, que tal hiciste!
¿Quién te trajo, Rey, si no
la Eternal Sabiduría?
La noche antes que partió
esta señal nos dejó
del amor que nos tenía.

Fr. AMBROSIO DE MONTESINO

Pues que la estrella

Pues que la estrella
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

Vamos todos juntos
a ver al Mesías,
que vemos cumplidas
ya las profecías;
pues en nuestros días
es ya llegada,
vaya con los Reyes
la mi manada.

Llevémosle dones
de grande valor,
pues vienen los Reyes
con tan gran hervor.
Alégrese hoy
nuestra gran Zagala,
vaya con los Reyes
la mi manada.
No cures, Llorente,
de buscar razón,
para ver que es Dios
aqueste garzón;
dale el corazón
y yo esté empeñada
vaya con los Reyes
la mi manada.

SANTA TERESA DE JESUS
(1515-1582)



EXCELSIS DEO »



Aquel zagalito...

Aquel zagalito
de aquel pesebre
bien se le conoce
que amores tiene.

Quéjase a los vientos
con su tierno llanto
y sirve de encanto
a los elementos,
pasa mil tormentos
por verse al hielo
y en el cielo y suelo
su mal no siente:
bien se le conoce
que amores tiene.

Aunque están llorando
sus niñas hermosas,
con las perlas preciosas
están convidando,
y de cuando en cuando,
porque solloza,
cantan en su choza
cantos alegres:
bien se le conoce
que amores tiene.

(De «Rimas del Incógnito».
Nueva York, 1916. Canción del
siglo XVII, según Cejador.)

Zagalejos, venid al portal...

Zagalejos, venid al portal,
cantando y bailando; alegres cantad
al soneti, soneti de la nieve,
pues tan menudí, menudito llueve,
por el tono del ¡agua va!
¡Agua va! que se moja mi Niño,
decid con denaire,
que la gracia consiste en el aire.

(De «Villancicos». Toledo, 1651.)

Al albor, al albor, rui- señores...

Al albor, al albor, rui señores,
cantad al albor,
agora mejor
requiebros y amores,
cantad al albor,
cuando con gracias mayores
vence desgracia mayor.

Cantad como quien se ve
en la mejor estación,
pues tenéis la posesión
de la rosa de Gesé.

Ninguno en silencio esté:
si presume de cantor,
cante y celebre a la flor
de las gracias y las flores.

Al albor, al albor, rui señores,
cantad al albor,
agora mejor
requiebros y amores,
cantad al albor,
cuando con gracias mayores
vence desgracia mayor.

Aquí está disimulada,
bien se deja conocer
en templar y florecer
una estación tan helada.

La ocasión es extremada
para quien sabe de amor:
débaos siquiera un favor
en fe de tantos favores.

Al albor, al albor, rui señora,
cantad al albor,
agora mejor
requiebros y amores,
cantad al albor,
cuando con gracias mayores
vence desgracia mayor.

(De «Villancicos». Sevilla, 1638.)

Canción de Navidad

Si a tus dulces pechos,
morena,
el Niño duerme,
¡qué sabroso ha de hallarte,
morena,
cuando se despierte!

Misericordioso,
morena,
Adán lo espere,
porque misericordias,
morena,
mama en la leche.

Temblábale el cielo,
morena,
de puro bravo,
y ya tamafito,
morena,
le está temblando.

Si el recién nacido,
morena,
llora de amores,
¡qué piadoso le tienen,
morena,
de hallar los hombres!

Tierra sois, María
mas de pan llevar;
que la tierra morena,
María,
lleve el mejor pan.

JOSE DE VALDIVIELSO

Este es el regocijo...

Este es el regocijo
y éste es el gozo,
y éste es el bienvenido
que esperan todos.

Cuando viene mi dueño
viene callando,
eso sí, callandito y obrando.
Ya yo le entiendo,
eso sí, callandito en viniendo.

Que es lluvia agora
y el vellón del silencio
más se acrisola,
mi vida amando,
eso sí, callandito y obrando.
Ya yo le entiendo,
eso sí, callandito en viniendo.

*J'pna aidiñte i or r

(De «Villancicos». Córdoba, 1662.)

Temblando estaba de frío...

Temblando estaba de frío
el mayor fuego del cielo,
el que hizo el tiempo mismo
sujeto al rigor del tiempo.

¡Ay, Niño tierno!
¿Cómo, si os quema amor, tembláis de
[hielo?]

El que hizo con su mano
los discordes elementos,
naciendo está, por el hombre,
a la inclemencia sujeto.

¡Ay, Niño tierno!
¿Cómo, si os quema amor, tembláis de
[hielo?]

(De «Los locos por el Cielo».
Madrid, 1617.)

Pues andáis en las palmas...

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto:
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

El Niño divino
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

Ríguerosos hielos
le están cercando;
ya veis que no tengo
con qué guardarlo.
Ángeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi Niño,
tened los ramos.

(De «Los pastores de Belén». 1612.)

LOPE DE VEGA

Clavel de la aurora

Caido se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno;
¡qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo,
y coronada de hielo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan cruel
caído se le ha un clavel.

De un solo clavel ceñido
la Virgen, Aurora bella,
al mundo le dió, y Ella
quedó cual antes, florida.
A la púrpura caída
siempre fué el heno fiel;
caído se le ha un clavel.

El heno, pues, que fué digno
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este rosicler divino,
para su lecho fué lino,
oro para su dosel;
caído se le ha un clavel.

LUIS DE GONGORA

Silencio, pasito...

Silencio, pasito,
que Amor se durmió;
no le inquieten, no,
que aunque duermé en las pajas su amor,
aves, fuentes, prados y selvas,
ríos, mares, planta y flor:
¡silencio!, ¡cuidado!,
¡pasito!, ¡atención!
Venid, llegad y adorad al Amor...

(De «Villancicos». Descalzas
Reales, Madrid, 1688.)

(Continúa en la página 10).

NACIMIENTO ANDALUZ

Por MANUEL DIEZ CRESPO

SALE de las casas olor a romero. La hiedra y la hierba van dejando en el aire un suave y grato pesar. Pastores suben y bajan de la montaña de serrín, al corcho que cubre la cueva, donde se alberga el Niño, entre figuritas y ovejas mayores que los que las conducen hacia el festejo.

Los molinos vuelan al aire de los villancicos. Un viejecito, allí sentado bajo un árbol, calienta sus manos y hace en un caldero comida. ¿Para quién? Más lejos, una pastora viene con sus borreguitos y un pastor con gallinas y patos; y una mujer lava pañales en un río de papel de plata, y un mocetón sacrifica una res, colgada de un alto pino, casi tan alto como él. Un niño llora porque viene Herodes, y sin nadie preocuparse, todos cantan en la rueda—donde afluyen todos los caminos del mundo—alegres villancicos, con "zambombas" de barro y panderetas de papel. Los Reyes Magos vienen; un camino de arena soporta los camellos, cargados de cajas y divinas imaginaciones. Y mientras, lejos, caritas esparcidas por la montaña, contemplan con ojos de cal y tejados verdes, la fiesta de la alegría, entre incienso y risas.

¡Es el Nacimiento! En Andalucía, sobre todo, la Navidad está en el hogar. En el hogar se ha preparado un Nacimiento, y alrededor de él, toda la familia canta y ríe y contempla esos caminos que, sostenidos por cajas, por mesas y por objetos raros, están cubiertos de hierba y corcho, para poder montar sobre ellos el "alegre Belén" de estas noches iluminadas.

La lumbre, chisporrotea entre cuentos y nostalgias. Una lucecita allí—la del portal—, da luz a la habitación, que permanece a oscuras para mayor veracidad. Y en lo alto, una estrella, que ilumina los pensamientos: "Paz a los hombres de buena voluntad." Aquí nace la luz que embriaga los corazones. En aquel rincón de la casa está proyectado el mundo, con todos sus caminos y toda su generosidad. Empieza la luz del nuevo año: intimidad, dulzura, amor entre todos. Paz de lumbre y paz de hogar.

Suenan campanas en la calle. Por aquí, mocitos, como los del Nacimiento, van también por calles de flores y hierba, ofreciendo su alegría al Recien nacido. Reyes Magos de esta noche, también dan su corazón—cuando se da, también es oro—y el incienso de sus canciones y la mirra de sus risas. ¡La misa del gallo! Misa de amor que por todas partes suena, y que por todas partes llama. ¡Hosanna! ¡Aleluya! La sangre de la Virgen ha florecido en las venas del Niño y ha conquistado para la tierra el nuevo sol de la Verdad:

«Vamos, pastores, vamos, vamos a Belén...»

Y a Belén, que está aquí esta noche—todos, bajo un cielo claro, limpio como ninguno; todos con panderetas y músicas elevan la luz de su estrella en el alma, cielo estrellado por el amor...

Una de las curiosidades sevillanas más dignas de mencionar en estos días de Navidad son los Nacimientos de los conventos. El de Capuchinos, el de San José, el de algunas monjas. Unos por su



grandiosa realización, otros por su ingenuidad y delicia.

Los de Capuchinos y el de San José están hechos por frailes franciscanos. Casi todo el altar mayor cubren estos Nacimientos. Figuras

de todas clases, casas, molinos de viento, fuentes de agua natural, ríos de corriente verdadera, aparecen en estos Nacimientos maravillosamente cuidados. Flores, palmeras, hierbas cortadas de los más

frescos prados, "luces y fuego de verdad", ofrecen mayor realce al espectáculo navideño.

Después los de las monjas, humildes, ingenuos, llenos de alegría y primor. Bellos anacronismos le dan gracia y sentido de continuidad. El siglo XV presta un guerrero a Herodes, y mientras Herodías contempla a Salomé, un pastor de 1940 corre con una pandereta de monas en la mano. Ingenuidad y primor, cánticos y música de órgano, que acompaña a villancicos alegres e interminables. Unos pastores con sus zagalas—de carne y hueso—bailan ante el portal, y el sacristán mayor, con vara, no de plata sino de acebuche, espanta las moscas de la chiquillería que tomó la iglesia por un festival al aire libre...

Las noches transcurren. Vacaciones de gloria han reunido a todos: es la familia; los máximos honores se rinden a la amistad. "Todo el aire es pájaro", que dijo el poeta. Y pájaros vuelan en son de paz. La calle, las flores, amor, y esa ventanita que no se cerró en muchas noches, esa luz que no se apagó en muchos días, proyectaba la montaña de un Nacimiento, donde los pastores eran más pequeños que los borreguitos que conducían, y la estrella, a simple vista, mayor que el camello real.

Pero está en las manos. Caminos de arena y de luz conducen al mismo camino; flores, campo, cielo, calles y hogar, y coinciden en ese letrero que al aire de la noche andaluza ondea entre los ojos del corazón:

"Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad..."

LA NAVIDAD CATALANA

(Viene de la página 4.)

el gran día de los fotógrafos, que cobran—hemos entrado en el terreno mercantil—a tanto por cabeza.

Para que en esta comida de Navidad no falte ninguno en la familia congregada, han hecho los catalanes cosas asombrosas, en consonancia con su espíritu decidido y emprendedor y reveladoras del culto a la tradición. Ha habido quien llegó de América expresamente, para regresar en seguida, cuando el viaje era empresa de un mes; quien en tiempo más próximo ha atravesado el océano en avión. En la alta montaña, estad seguros de que ni el temporal ni la nieve detendrán la marcha por los caminos de los que acuden a la vieja casa patricia, en la que los "nebis" y las "noias" abrazarán junto al padre al "hereu" o la "pubilla", herederos por primogenitura del viejo lar de los mayores.

En la mesa campesina como en el confortable hogar del burgués de la capital, relucirá blanco como la leche el mantel alaidonís, tieso, del mejor lienzo, guardado en lo profundo del último cajón del armario ropero, junto a las prendas de tantos antepasados, que son ya de museo o historia.

Acabo de hablar con persona que viene de Cataluña y me anticipa su

augurio de lo que van a ser este año las fiestas de la Navidad. Parece increíble, me dice, que aun en las circunstancias actuales, nuestro país pueda hacer tarde de vitalidad como el de este año. Merece la pena darse un paseo en estos días por las calles de Barcelona sólo por contemplar el espectáculo de los escaparates. Cestas fantásticas, con los más perfumados frutos, con los dulces más selectos, con botellas de vinos y licores de las soleras más rancias, que ansiaría el mundo entero. El champán, tan abundante y de tan varia lista de

precios, no faltará en la mesa de los humildes. Es algo insólito, asombroso, que si descubre a una Cataluña en trance de honrar cumplidamente una fecha tradicional, también nos revela la fuerza de España, su potencial enorme. Y nos dice, sin lugar a dudas, que cuando remontemos este tiempo difícil del mundo—para nosotros, "con todo", menos difícil que para los demás—nos espera el premio justo a nuestros sufrimientos y a nuestras virtudes: el bienestar común de los españoles, "la abundancia". No lo dude nadie: nos hartaremos. Félix CENTENO

La Navidad en Galicia

(Viene de la página 5.)

Por rúas y corredoiras iban llegando rondas y devotos, que invadían respetuosamente las naves y guardaban tan absoluto silencio que no dejaba de oírse el golpear de la lluvia en las polieromadas vidrieras del templo.

El retorno a los hogares llenaba los caminos de la aldea de músicas y canciones, cuyas letras se enlazaban siempre en los estribillos con los nombres de Virxen, Xosé y Neno. La lluvia pertinaz golpeaba en las tersas y oscuras hojas de los clouretros, que luego la derramaban en anchos goterones como lágrimas.

Hasta aquí mis recuerdos de una Navidad en Galicia en una aldea retrepada entre suaves montañas, junto a la ría de Arosa.

Ahora los leo y los releo buscando alguna infidelidad en el relato confiado a la memoria, alguna herejía idiomática o algún desliz capaz de provocar la ironía, siempre en flor, de los gallegos...

Pues bien, para ellos escribo, con el corazón en la mano, mis palabras primeras: «Lo mejor que le puede a uno ocurrir, en cuestión de viajes, es caer un día—un día cualquiera—en tierras de Galicia...»

Julio FUERTES

LA NAVIDAD EN ANDALUCIA

Por TRISTAN YUSTE



EL pueblo se acuesta en la vertiente norte de la vega del río de la Vida y alcanza hasta los cerros, y en los cerros se queda la mayor parte de la población para vivir en cuevas debajo de tierra. Es un pueblo andaluz y granadino en el que aun restan, mezclados con nombres galaicos, apellidos moriscos como Muley y Moein y se oyen vocablos que son pura algarabía. En la cúspide de la más alta colina del pueblo, junto al Seminario Conciliar, se desmorona la Alcazaba y se chuchurrean las últimas chumberas.

En diciembre, rematadas las faenas de otoño, desfarfollar el maíz y colgar en las torres y en los cuartos de las casas las pañojas de peras y los membrillos olorosos, se aprestan las congregaciones labradoras a preparar las misas de aguinaldo que se inauguran el día de Santa Lucía y finalizan la mañana que más juegan los niños Lucía se nombra la comisión que ha de visitar al cura de la parroquia, mandar lo que se ha de hacer y proporcionar las partes musicales y, también, lo demás, que es lo más importante: es decir, el convite con que se han de regalar cada día después de la misa. Esta principia a las seis de la mañana con la copla que se canta al salir el cura:

*De la sacristía sale
el sacerdote revestido;
para celebrar la misa
lleva cáliz, pan y vino.*

Durante el oficio los músicos tocan sus instrumentos y todo el mundo canta villancicos:

*En el portal de Belén
ha nacido un Manolito
siete veces más bonito
que Juanito el de Isabel.*

Unos son originales del pueblo y hasta de los mismos que los cantan; otros vienen de Granada y de más lejos:

*Pastorcillos ir trepando, ir trepando
las veredas de Belén.
que los ángeles anuncian
que ha nacido, que ha nacido nuestro bien.*

Al alzar se toca el bolero, y cuando la ceremonia acaba con el "ite missa est" se canta la copla final:

*Ya se ha acabado la misa
y el sacerdote se va
y la gente de la iglesia
los buenos días se dan.*

Y como "la Nochebuena se viene, la Nochebuena se va", ya tenemos un nuevo 24 de diciembre a la mano, que es diferente en el pueblo y en las cuevas. En las

cuevas, se tiene todo más limpio que el sol, los cobres relucientes y las botas y las calabazas llenas de vino. Al toque de las ánimas, a las ocho y media, el más viejo de la familia reza la oración que pide gracia para los difuntos y se dispone la cena. Es el momento de las grandes lumbres. Se enciende candela y se prende fuego a los manojos de piornos que a llamaradas fugaces y chispeantes queman el tronco gordo del hogar, o sea el "nochebueno". La cena se compone de un plato hasta hartarse, y batatas y castañas las que se quiebran. El plato es diferente: puede ser potaje de garbanzos con pasas, orejones y ciruelas; bacalao en cazuela, cazuela de sardinas hecha con pimientos tostados y arroz con caldo y bacalao. Si se cuenta con más dinero se mata algún pollo o se compra carne. La gente, para regalarsé mejor, hace tortas de aceite con almendras y pasas, roscos de vino y de manteca y "mantecados". El vino cunde a maravilla y la gente se alegra y se prepara para resistir el frío de la calle que ha de afrontarse a la hora de la Misa del Gallo, de la jarana, y de las coplas y serenatas, y de las quimeras con la faca en la mano como en la teosis final. Entre roscos y roscos de vino se remoja el gazzate haciendo la randa y echando el medio en vino de uva. Para

tal uso se emplean esas castizas jarras anchas y ventradas de color amarillento casi colorado. Después del trago se untan con ajo los pellejos de las zambombas, se escupe saliva y atruenan las voces, entre villancico y villancico, con el estribillo de siempre:

Y dice Melchor:

*"Tan borracho eres tú como yo,
y yo como tú, y tú como yo."*

Y dice Perico:

*"Que le corten el rabo al borrico,
y el jopo a la zorra,
y al águila el pico."*

Y el mozo agarra a la mocica, y los dos, y luego, contagiados, todos, se alocan en una zarabanda

*Esta noche es Nochebuena,
noche de bullir y de gozar;
saca, María, la bota,
que me voy a emborrachar.*

Colás o Perico o Manuela caen redondos al suelo por haber tropezado o por no poder más. Los otros lo cogen y se lo llevan. Entonces pega:

Y dice Melchor:

*"Que lo suban, lo suban, lo bajen,
al camaranchón."*

Y todo esto en la cueva, debajo de tierra, a la luz de la lumbre, de los candiles y de las capuchinas. Hombres y mujeres disfrutando de su fuerza y de la resistencia de sus tripas, hambrientas las más de las veces, y las bestias, como en la bíblica noche, junto a ellos, asomando tras la compuerta de la cuadra sus cabezas cornudas, de ojos inocentes, grandes y llorosos. Y el cuarto oliendo mucho a zurrino de cabra y a estiércol fermentado. Y se oye el lento rumiar de las bestias que mascan habas y paja, mirando, mirando siempre a los hombres que festejan el natalicio del Rey de los Cielos.

*El niño Dios ha nacido
entre la escarcha y el yelo.
¡Niño mío, quién pudiera
vestirte de "tersiopoelo"!*

Antes de las doce de la noche salen a la calle y se van, por barrios, a la respectiva parroquia a oír la Misa del Gallo, que es idéntica a la de cualquier lugar español. Concluida la misa, y ya en otro día, se desparrama la juventud por los callejones, con la bota al hombro, a acabar de emborracharse y a emborrachar a la noche, de gritos y de carreras y de cantos bajo las ventanas de las niñas bonitas.

Es distinta la Nochebuena de los que habitan el pueblo y se precian de ser señoritos, y, con ser distinta, es unánime a la de todos los señoritos de España. Se reduce al piano, a los dulces finos, al Nacimiento y a reunir por una vez y con buen semblante a la familia.

Entre pudientes, la parentela se regala mutuamente. La familia que está de luto, como no ha preparado nada, recibe dulces, turrones y tortas, de cualquier tío o primo, para que, al menos, pruebe y sienta por la boca la venida de la Nochebuena. Los regalos mutuos son: bandejas de dulces, como alajú, alfajores, roscos de manteca, aguardiente, vino y de consejo, mantecados de almendra y corrientes. Todo esto se hace en casa con ayuda de la dulcera y se cuece en el horno con las cosas de aceite, como pan, tortas y bollos. De las monjas se compran tejas en dulce y mazapán, y de los tíos alicantinos que recorren las calles pregonando y vendiendo cosas, turrones y pastelillos de gloria. Ahora está lo hace Frasquita, la confitera. También tienen su aguinaldo el profesor de música

(Continúa en la página 11.)

LA NOCHEBUENA EN MADRID

Por LEDESMA MIRANDA

¿No saben ustedes que la Noche ha muerto en la calle, que ha sido tragada por las esquinas, que se lanzó Viaducto abajo y allí fué arrebatada por el Viento, como Bóreas a la hija de Erecteo? Huyó flotando, vaporosa, a otros climas del mundo, y Madrid ha presenciado el rapto asomado a las siete estrellas de su escudo.

No olvidó la Noche ni una sola de las preseas de su manto: Se llevó los viejos cafés que vivían un clima de conchas, ninfas y delfines, entre volutas de humo; se llevó sus eternos paseantes, empalidecidos y obsesos con el atisbo de la aurora; sus inquilinos báquicos de piernas desmandadas que seguían autónomas trayectorias, sus cortesanas recostadas sobre los faroles, sus mendigos y sus pederastas. Y al huirse la Noche dimos de bruces con su vacío. Era como un desmonte del sol. Como una excavación del día.

*En el Portal de Belén
nació un clavel encarnado
que por redimir el mundo
se ha vuelto lirio morado.*

Paramos ante el abismo, y volvimos a nuestra casa, donde una lámpara encendida abocaba sobre el tapete su fina y pudorosa luz. Y en torno de su recinto de oro nos azechaban los recuerdos. Hay recuerdos que saben llamar con sus nudillos a la puerta de la memoria, a esa inexorable puerta que sólo gira en sus goznes a la invocación del placer. Poco a poco, la Nochebuena vendría siendo dedicada a ellos, a los recuerdos de los que faltan o a las anheladas imágenes de los que no llegaron, ya que las esperanzas fallidas y las ilusiones disipadas también tienen su espacio en la morada del corazón.

Intima, silenciosa y grave ha venido este año la Nochebuena y ha puesto su decorado sencillo y popular en todas partes. Los puestos de juguetes y de figuritas, arrebujados en sus lonas, esperan la luz del día que hará lucir su gracioso mercado. La Pascua ha entrado de lleno en los hogares, en los corazones, en los recuerdos, en el pensamiento, porque no hay intemperie comparable a la de una Noche volátilizada, a la de una Noche que ha consumido su pábilo y se ha apagado a sí misma. El raptor de la Noche se

llevó con ella la Pascua tumultuosa y callejera, manchada con tizne de peroles, ahogada en panderetas y rabeles. ¡Vaya en buena hora, mientras en los ámbitos del mundo los hombres luchan y porfían alejados de la paz de sus hogares y en los nuestros haya manos que no podemos estrechar, risas que no podemos oír y corazones que no palpitan al compás del nuestro! Por eso agradecemos estas jornadas que resbalan, prudentes y compasivas, por nuestros umbrales, y se aproximan, como hermanas, a ese recinto familiar, donde una luz votiva las está esperando. ¿Quién habrá que no sienta la dulce gravedad de estas horas? De ese metal han sido hechas las que fueron, pausadamente, sonando en aquel reloj de nuestro nacimiento que ha medido, minuto a minuto, el tiempo de nuestros dolores y el de nuestras esperanzas.

Tras una nube, tras la divisoria de un gran río, quedan los campos oscuros del aquelarre pascual, sembrados de pasiones confusas. Mientras la plebe daba suelta a una alegría gutural que forzaba el sueño del vecindario, la «alta sociedad» narcotizaba a sus niños para asegurarse su sueño y, de-

jándolos en brazos mercenarios, corría a los grandes hoteles, donde cada sonrisa pasa su factura y el Carpintero, la Esposa y los pastores de Belén tienen prohibida la entrada. Hacía tiempo que los grandes señores celebraban la Pascua en los hoteles...; a estos pobres grandes señores suele ocurrirles, de pronto, que no tengan casa ni hayan calentado hogar... Y es que el hogar lo forma, según prescribe el evangelista, el afán de cada día, y la dicha del pan y de la sal, conquistados con el esfuerzo. La «heredad» se «hereda», pero el hogar se conquista.

Todo anuncia que al tiempo le será devuelta una juventud que había perdido. Sobre el pasado mustio, descorazonado y escéptico, colgado a los amanceres tediosos en los cafés insomnes, pongamos la fuerza elemental de esos años primeros en que empezamos a vivir, allí por donde otros acaban.

*Todos le llevan al Niño;
yo no tengo qué llevarle;
las alas del corazón
le servirán de pañales.*

Antología de canciones de Navidad

(Viene de las páginas centrales)

¡Ay, zagales, venid...!

— ¡Ay, zagales, venid,
que me muero de amor!
— ¿Qué padeces, zagal?
— ¿Qué suspiras, pastor?
— Que me muero de amor,
de haber visto a un zagal
que esta noche nació,
con quien es sombra el día,
con quien es niebla el sol.
— ¡Muéstranos su beldad!
— ¡Dinos su resplandor!
— Véisle allá al Niño Dios
llorando, gimiendo,
gorjeando, queriendo
darnos su corazón.
— ¡Ay, zagal, dices bien,
que al ver tal perfección,
cómo gozo lo mismo
viendo lo propio yo!
Que me muero de amor
de haber visto a un zagal,
que esta noche nació,
con quien es sombra el día,
con quien es niebla el sol.

(De «Villancicos». Sevilla, 1720.)

Canción del ruseñor

Allí en el establo,
cerca del portal,
el ruseñor canta
por la Navidad:
¡Flor del lirio, lirio,
flor de blanco lirio!
— ¿Por qué ahora cantas
si oigo al Niño llorar?
— Porque con mis trinos
le quiero consolar.
— ¿Por qué trinas meciéndolo,
y por qué llorando está?
— Porque el mundo que tanto ama,
no lo ha querido aliviar.
Los tres reyes se fueron,
los pastores se van,
y si ellos le dejan
las ovejas, ¿qué harán?
Pa' arillos de plumas:
venid al Niño a adorar.
¡que ya no vienen los nombres
la noche de Navidad!
Allí en el establo,
cerca del portal,
el ruseñor canta
mientras llorando está;
tanto llora y suspira,
que sobre él quieren cantar.
¡Flor del lirio, lirio,
flor de blanco lirio!

(De «Cánticos». 1892.)

JACINTO VERDAGUER

**Por Judá quiebran al-
bores...**

Por Judá quiebran albores
con frescor de amanecer,
y a su luz ya se distingue
una rosa de un clavel.

Esto es río y esto es monte,
todo es haz y nada envés;
esto es aire y esto es agua
para el ave y para el pez.
Dió su dátil la palmera
madurado en rosicler;
pétalos de brisa el viento
tiene, que saben a miel.
Treinta casas, treinta huertos,
treinta establos de una vez...

El país es Galilea
y el lugar es Nazaret.
Cada casa con su aljibe,
cada establo con su buey,
cada huerto con su higuera,
con su vid o su laurel.
Aquí vive un carpintero
y es María su mujer.
La doncella es virtuosa.
Blanca y pura y bella es
cual paloma que en un vuelo
viene y va a Jerusalén.
La doncella fué elegida
por su esposo San José,
como sombra de palmera
con una cisterna al pie.
¡Bien trabaja el carpintero!
¡Bien trabaja San José!
Mide con varas de nardos
la fragancia de un clavel;
la exactitud de su aroma
puede calcularla él.

Copiliando la madera
sobre el banco del taller
le florecen las plantas
y la galleta también.
El serrín es polvo de oro
y el engrudo es hidromiel.
— ¿Qué revuela por el aire?
El Arcángel San Gabriel
baja buscando a María
al lugar de Nazaret.

Recogió sobre sus hombros
la aljofarada embriaguez
de unas alas impacientes
que al cielo quieren volver.
¿Cómo relumbran sus alas
hinchadas de un viento fiel,
alas que en la astrología
tienen su mejor cimbel?
— ¿Dónde estás que no te veo?
— Aquí estoy, San Gabriel.
Afanábase María
en doméstico quehacer;
más que en cigarra, en hormiga;
más que en cantar, en coser.
— Como estás de gracia llena,
en Ti el Verbo ha de nacer;
y ha de nacer como rosa
en escogido vergel;
sin huellas de jardinero
seguirá tu doncelléz.

La dejó el asombro muda...
Todo un rubor ella fué
sin palabras mariposas
clavadas con alfiler...
¿Qué finas venas vibraron
tras su finísima piel!
¡Arpa en manos de David
resonando en Nazaret!
Se abrió el corazón del mundo;
el Verbo bajó a María...
el Verbo bajó a María...
Volvió al cielo San Gabriel...

ADRIANO DEL VALLE

Canción al Niño Jesús

Si la palmera pudiera
volverse tan niña, niña...
como cuando era una niña
con cintura de palmera,
para que el Niño la viera...
Si la palmera tuviera
las patas del borriquillo,
las alas de Gabrielillo,
para cuando el Niño quiera
correr, volar a su vera...
Si la palmera supiera
que sus palmas algún día...
Si la palmera supiera
por qué la Virgen María
la mira... Si ella tuviera...
Si la palmera pudiera...
... la palmera...

GERARDO DE DIEGO

**Letrilla de la Virgen María
esperando la Navidad**

Cuando venga, ¡ay!, yo no sé
con qué te envolveré yo,
con qué...
¡Ay! dímelo tú, la luna,
cuando en tus brazos de hechizo
tomas al roble macizo
y lo acunas en tu cuna.
Dímelo, que no lo sé,
con qué te tocaré yo,
con qué...
¡Ay! dímelo tú, la brisa,
que con tus besos tan leves
la hoja más alta remueves,
peinas la pluma más lisa.
Dímelo y no lo diré,
con qué te besaré yo,
con qué...
Y ahora que me acordaba,
ángel del Señor, de Ti,
dímelo, pues recibí
tu mensaje: «¡He aquí la esclava!».
Sí, dímelo por tu fe,
con qué te abrazaré yo,
con qué...
O dímelo tú, si no,
si es que lo sabes, José,
y yo te obedeceré,
que soy una niña yo,
con qué manos le tendré,
que no se me rompa, no,
con qué...

GERARDO DIEGO

**Canciones del llamamien-
to a los pastores**

Deja en su sueño al ganado
que nube cándida fué,
pastor que sientes el pie
al son del gozo ballado;
si el cielo está deshojado
sobre el heno bienhechor,
¿cómo no venís, amante?
Si canta la nieve herida
de la cruz suntuosa;
si todo un Dios se recrea
sobre la paja encendida;
si está en Belén detenida
la luz de la estrella errante,
¿cómo no venís, amante?
¿Cómo no venís, si llegan
las aguas a la garganta,
las aguas que el mar levanta
y en su cuna se sosiega?
Si al verle los ojos ciegan
y sólo el cielo es testigo,
¿cómo no venís, amigo?

LUIS ROSALES

NOCHEBUENA VASCONGADA

(Viene de la página 2.)

de Montesinos, "no la debemos dormir",
pues que

*La Virgen a solas piensa
qué hará
Cuando al Rey de luz inmensa
parirá.
Si de su divina esencia
temblará
o qué le podrá decir.
No la debemos dormir.*

Algún hallazgo no falta en las coplas
del cura Ozamiz, como quizá estos cuatro
versos:

*Eguski divinala
Gauerdí batean
Etori zan lurrera
Gizonen soñean.
(El divino sol
en la media noche
ha venido a la tierra
en vestidura de hombre.)*

Admite esta estrofa la viva voz que es
para el villancico jugo materno. La viva
voz que cante, que adoctrine o que aren-
gue Dios nos la dé.

Voces vivas entonan aún en tierra vas-
ca un diálogo de Navidad entre la Virgen
y una niña, que empieza así:

*Oriya aidez aidez
Ifastzu dulzia.
(Mientras meneas las hojas
el venticillo del Norte.)*

La niña ve a Nuestra Señora

*Orraztuten zebala
Buruko ulia
Ez zan, a, ulia ez
Ezpada urria
Ulondo bakoteko
zeritxon perlia.
(Que estaba peinándose
de la cabeza el cabello.
No era cabeza, no, aquello,
Sino oro.
De cada cabo de pelo
le fluta la perla.)*

El tema es aquí de todos y de nadie y
ésta es su bienaventuranza. Hay versiones
umbrías o toscanas de los laudes de Jaco-
pone de Todi o de Celano, que son simple-
mente de quien los canta. De Jacopone es
el "Stabat Mater" y de Celano el "Dies
Irae", ¿pero quién, dónde y cuándo lo re-
cuerda?

Canta el País Vasco también las tona-

LA NAVIDAD EN CASTILLA

(Viene de la última página)

tas, peladillas y copeo. Las rondas
machacan hasta el alba el aguinaldo
y la cencerrada. Se despierta el alma
realista de Castilla, esencialmente con-
creta y agresivamente personal. No es
sólo el «Auto de los Reyes Magos»,
pasmado de «marabillas» y de «stre-
las», sino el latigazo villanesco, más
de una vez inmisericorde, Mingo Re-
vulgo, o el donaire picaresco y rasga-
do de la «Locana Andaluza».

Son los viejos, como siempre, los
primeros en madrugar a la amanecida
de Navidad. Ellos estrenan, en el pri-
mer trajín casero, la albura de los ca-
rámbanos que han ido cuajándose por
la noche cabe el palomar y el porta-
lón donde duermen los arados el día
de fiesta. Cuando ya el sol está arriba
desembozado y valiente, alguno inicia
un anticipo de las tabas que han de
jugarse por Antruejo. Y la juventud,
inevitablemente cantarina, va contan-
do los días que quedan para entonar
de nuevo a cada puerta:

*«Buenos reyes, buenos reyes
tengan sus mercedes.»*

Así ha sido Castilla durante mu-
chos siglos. ¿Cuántos siglos, lustros,
años, le quedan de esta sincera y cor-
dial vida folklórica? ¿Habrá alguna
fórmula para conciliar la radio, el cine,
la moda, el grito inexorable y tiránico
de la «civilización», con estos jirones
del vigor que fué, y que debería reco-
brarse por algo más que por un roman-
ticismo tradicionalista? Queda uno
pensando con terror en la uniformidad
seriada del planeta, cada vez más
amenazadora y eficiente.

Andrés María MATEO

das del "Olentzero"... que es allí el ente
mítico de la Navidad. ¿El ente? Algo
menos y algo más, pues que Olentzero es
de la estirpe de Gargantúa, que es la es-
tirpe de los buenos gigantes... No elige

para mote de su escudo el "gaudeamus"
ni se sacia con fececias de jueves gordo
junto al tonel en que hierven zumos so-
lares. Los primeros versos que le aluden
rezan así:

La nieve en Navidad

La nieve en Navidad. El aire mueve
la sombra de los árboles heridos
al toque del milagro. Los oídos
oyen nombres de arcángel en la nieve.
¿La nieve en las encinas es tan leve?
Los copos tienen sueño, están dormidos...
Se oyen alas de pájaros perdidos
y el corazón en vilo no se atreve...
No se atreve a tocar la nieve viva,
la nieve donde Dios se transparenta,
la nieve entre el romero y el tomillo.
Y el tronco de la encina, pensativa,
en la verde penumbra soñolienta
se arrodilla también junto a Castrillo.

LEOPOLDO PANERO

Castrillo de las Piedras, 1941.

La Navidad en Andalucía

(Viene de la página 9.)

y los maestros de los niños. Siempre se
procura tener hecha la matanza para esta
época, cosa que facilita el aguinaldo de los
peones que trabajan en las fincas. A éstos
se les manda tocino, morcillas, espinazo y
rosco de vino y tortas de aceite. Los agu-
inaldos lo cantan:

*El "aguinaldo" de Ana
son tres libras de tocino,
arroba y media de pan
y arroba y media de vino.*

La gente de las cuevas baja al pueblo
a por su aguinaldo y va de casa en casa
demandándolo. Hay gente que da, y la
que no, ya sabe que tiene encima la mal-
dición en forma de villancico:

*La zambomba tiene un diente
y el carrizo tiene dos;
si no me das un "aguinaldo"
mala muerte te dé Dios.*

La gente jornalera también se regala,
según interés, cosas menudas, como bata-
tas y celemines de castañas. De aquí el
siguiente aguinaldo:

*Abre, María, la puerta,
que te traigo el "aguinaldo".
Una batata cocida.
Sopla, que vienen quemando.*

Durante los días de Pascua hay un
continuo trasiego de idas y venidas de la
gente de un punto a otro de la población.
Se sube a las cuevas y se baja al pueblo.
Por las mañanas éste se llena de familias
de gitanos que festejan al aire libre calle-
jero las Navidades. Cantan y, de vez en

cuando, forman coros para que bailen sus
mozuelas danzas gitanas. Las muchachas
mueven sus caderas al ritmo de las manos,
y los churumbeles contraen sus barrigas, en
pelota viva. Todos muy compuestos, con
varas y pañuelos nuevos. Por la tarde la
muchedumbre sube por la cañada de los
Perales a la Ermita Nueva, donde se re-
une el pueblo entero desde la cañana de
la Higuera al barranco del Armero. Allí
sienta plaza el "floreo" o el baile de la
rifa. Los bailes y los abrazos de las mo-
citas se subastan de un duro en adelante,
y también se paga dinero por que una chi-
ca baile o no baile. Todo es para la Her-
mandad de la Virgen de Gracia, imagen
mozárabe encontrada en el término de
Baza, y también por la Hermandad de las
Animas. El tío del "floreo", que es el
cascamorras del nueve de septiembre, con
una caña vapulea y corre a las mozuelas
y señoritas que no quieren bailar. Está en
su derecho. Y se rifan muchas cosas, como
ajos, cebollas, gallos, tortas y manojos de
peras, y se marca el fandango local, que
es una variante del de Granada. Por la
noche los hermanos de la Cofradía de las
Animas, con el mayordomo a la cabeza,
bajan al pueblo y van de casa en casa, de
los de categoría, a tocar, para que bailen
los señoritos. Y si los niños se despiertan
al ruido de sus bandurrias, guitarras y
triángulos y preguntan quién es, alguien les
dice:

—Es la Hermandad de las Animas,
que pide por los que penan en el Purga-
torio.

Tristán YUSTE

*Père Noël qui chantaste la vigne
qui molt rejouit l'olentzero.*

Bebe este gigante igual que ríe a to-
rrentes, pero su avidez, que devora al Uni-
verso y se devora a sí misma, es avidez de
mando, de belleza, de sabiduría, de ba-
tallas y de viajes. Es la del "uome uni-
versale", que mide quince codos y tiene por
divisa el "Más, siempre más".

En la Navidad vascongada, Olentzero
sale sobre andas a hombros de arlotes, irri-
soriamente degradado, y oye que le cantan:

*Orrá Orrá
Gure Olentzero
Isheri ta dago.*

Le muestran con la nariz colorada y con
una gran pipa en la boca. ¿Encarna la
Nochebuena o más bien el Año Nuevo?:
el año, porque una de las canciones más
viejas anuncia:

*¡Oh, oh, oh!
Biyar Olentzero.
I, i, i,
Etzi egu berri
(¡Oh, oh, oh!
Mañana Olentzero.
Y, y, y,
Pasado mañana, año nuevo.)*

El feudo de esta atorrante de la estir-
pe de Gargantúa se acorta en el país vas-
co y abarca poco más que San Sebastián,
Fuenterrabía, Irún, Oyarzun, Lezo, Asti-
garraga, Hernani, Andoain, Irura, Régil
y Tolosa, en Guipúzcoa, y Vera, Echalar,
Lesaca, Santesteban, Mugaire, Uarizo,
Lecumberri, Betelu, Irurzum, en Navarra.
De estos lugares son las variantes de to-
nadas del Olentzero que recordamos nos-
otros... ¿Poca cosa? Pues sí, poca cosa...

Por lo demás, la Nochebuena del País
Vasco, en todos sus ritos, en los del hogar,
en los de la Misa del Gallo, en los de la
gastronomía, es la Nochebuena de las de-
más regiones. Y como vivir no es necesar-
io, pero guerrear, navegar y fundar sí,
recordemos entrañablemente esta noche a
los que guerrear, a los que viajan y a los
que fundan lejos de nosotros. Ellos, al en-
sanchar así la familia española, han elegi-
do la mejor de las partes.

Lo vimos claramente en la Nochebue-
na del año 1941, noche de verano, con
un aire de seda, en Lima, ciudad de la
que tan nostálgicos estamos en la noche
de hoy.

Pedro MOURLANE MICHELENA

La Navidad en Valencia

(Viene de la página 3.)

Pero por hoy solamente pretendemos
reivindicar la vena aristocrática, romana y
cristiana de una Valencia que entiende a
Jesús con la apretada fe de los pueblos
frios y con la exultante fantasía de su ser
abrileno y morisco: la noche clara; las ca-
lles iluminadas; el sabor de la almendra y
el azúcar en el velo del paladar; las cam-
panas al viento; el organillo y el "pim-
pam-pum" en la Glorieta; el Niño-Dios
ligerito de ropa con la ventana abierta; la
Virgen María sin frío en las yemas de los
dedos, sin ardor de puerperio, pero con
su divino rostro calentado por la trisa de
los naranjos; San José con sus artesanos
ante brazos al aire.

Y arriba, haciendo diabluras en el Mi-
calet, una luna de maíz tostado, carrie-
donda y un poco mareada por el vinillo
de la Nochebuena.

José A. TORREBLANCA

Viuda de López Cobos

FELICITA EN ESTAS NAVIDADES
A SU DISTINGUIDA
CLIENTELA
GENOVA, 4 — Teléf. 30137
MADRID

Choco'ates

LA ESPAÑA
García Morato, 102-MADRID

REDACCION.
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE

"ARRIBA"

LARRA, 8
Teléfono 32610



LA NAVIDAD EN CASTILLA

Por ANDRÉS MARÍA MATEO

I EL AGUINALDO

SI de nuevo el arquero Enrique Cock recorriese los pueblos de Castilla y los viese celebrando por las calendas de agosto la fiesta de San Roque o de la Asunción bajo el sol vertical que socarra los muelos de trigo en la era, los juzgara incapaces de rebullicios invernales y creyéralos amortecidos de frío y arrecidos de tristeza. Acaso sólo le bastase para pensar así el paisaje ocre, milagrosamente múltiple para el que lo sepa soñar, pero obsesivamente monótono para el ojo sin tono, de las tierras paramesas en que empezaban los Campos Góticos.

En ningunas otras, como en las fiestas navideñas, despliega sus valores el alma castellana: la oración se hace villancico, la serenata diatriba y cencerreda, la cordialidad camaradería, y el sentido igualitario, ya secular en la vida de Castilla, llama a todas las puertas en el filo de una copla de aguinaldo.

Han regresado una a una las huebras ya entre dos luces. En los caminos que la helada va endureciendo, queda subiendo el silencio estrellado de la Nochebuena. En el pueblo, uno de los muchos pueblos que pudiera haber pintado con más garra trágica Millet sosteniendo con sus tejados pardos la flecha pétrea del campanario, va despertándose la humera de cada hogar alimentado con más manojos y más ramera que nunca. Algún gallo agorero venga su muerte cercana con un último revuelo de cacareos, sobresaltos, fugas y aleteos, que aventan plumas en el aire ácido del gallinero.

Ha empezado a hendir la calle una tonada moza sostenida por muchas gargantas. En bandas distintas han ocupado el pueblo las capas y los garabitos de la juventud. Blancas pecheras nacen bajo los rostros recién afeitados, y el traqueteo de las cachas marca el tempo pastoril del villancico:

*Que nos den, que no nos den
el aguinaldo,
Que nos den, que no nos den,
contentos nos vamos.*

Veinte cuentos de otros tantos garrotes caen a plomo sobre la puerta. Una luz roja se abre presurosamente en el cuarterón y se derrama entre el grupo bullicioso:

*Ya bajan rodando
por las escaleras
huevos y chorizos,
castañas y peras:
todo lo pedimos,
si lo quieren dar.
¡A la media noche
a Belén llegad!*

Entonces son invitados a traspasar el portal. Sonoramente van saludando, el jarro calentado a la paja humeante del hogar en que las ollas borbollan un tufllo de promesa, pasa de boca en boca, mientras los ojos ávidos eligen entre los flecos succulentos que se curan pendientes de las negras vigas. No en vano ha sido hace poco la «matanza» y aún quedan en los grandes barridos vidriados sabrosos desperdicios del mondongo. Con su botín goloso, que ellos se encargarán de ofrecer «al Niño de Belén» en las tardes de Pascua, irrumpen de nuevo los mozos en la calle oscura, y cuelgan de los hierros de la casa generosa un último villancico:

*Todos le llevan al Niño,
yo también le llevaré
una torta de manteca
y un cantarico de miel.*

El apetito indiscreto no es capaz de superar la pausa silenciosa en que se hace inventario de lo cobrado. Alguna mano descuidada ha descolgado del gancho en penumbra de la cocina

una morcilla o una longaniza más. Las calles lugareñas crepitan de zambombas, cencerros, panderos... La Nochebuena se llega en las alas de las coplas. Han quedado acaso olvidadas las mozas, porque esta noche es de ronda municipal y mancomún a D. Sixto, el párroco, o a D. Genaro, el médico, o al señor Patricio, el que más pares tiene en la cuadra...

Y antes de disolverse para la cena hogareña, rigurosamente familiar, aún suena a lo lejos, en la escarcha de la noche, el rondel de otro grupo:

*Echemos la redequilla
por encima'l campanario
y que salga el tío Francisco
a darnos el aguinaldo.
Que nos den, que no nos den,
contentos nos vamos...*

II

LA ADORACION: EL RAMO Y LA CENCERRADA

Han callado en el lugar todas las cosas, y las estrellas se van eclipsando en la sordina algodada de unas nubes de nieve. La lechuza hipnótica de la torre gira sus ojos rotundos y extrañados sobre el súbito silencio de la cena de Nochebuena. Apenas queda entornada alguna media puerta de los zaguanes: todo el mundo se ha reclinado junto a las trébedes de la cocina, merodeadas por los chicos descuidados y por los gatos piratas.

El arroz y gallo muerto mezcla su vapor al de la olla en que se cuecen las castañas con azúcar y anís: a ella acerca cariñosamente su abdomen de barro el gran cuenco de compota con los higos, las rajadas de manzana, las

pasas y la canela. Y la morcilla reventona que hace chisporrotear la sartén añora la sopa de «arrapas» hecha con el agua de su propia cochura. En la gran mesa de nogal, resudada y oscura, se ofrecen en espetera las fuentes de arroz con leche, la blanca sopa de almendras, los azafates de turrones y peñones, y el «cascajo» sonoro de las avellanas, los piñones y las nueces a medio cascar.

Grandes y chicos fraternizan en los hurtos golosos y van haciendo bailar efectivamente a todas las bizarras figuras del Nacimiento, tapizado de musgo montés y espolvoreado de nieve de harina. La cena se lleva a hombros de cantigas y a batir de panderetas, y hay hogares en que el benjamín de la casa se ha dejado dormir en una cuna con pajas, para que los grandes, desde el abuelo catarroso y rezungón, vengan a rendirle homenaje.

Se han vaciado los corralillos de los vinos generosos y se ha trasegado de las pichetas seculares, que sólo se abren por Pascua. Han quedado menguadas las botellas del ron y del aguardiente, por donde como un alga de aquarium, sube el arbolito escarchado de años.

Es la hora de la Misa del Gallo.

Los gorjos calientes de los mozos enhebran nuevas coplas. Van ensayando por la calle zaragateramente los villancicos de la ofrenda del «ramo»:

*Mientras vamos caminando
di una copla, tú, Pascual.
—Que la canten los zagales
cuando lleguen al portal.*

Vuelve la ingenuidad pastoril y zurra de Juan del Encina y parece

resucitar la vena de las viejas «pastorelas», con su estribillo de «zéjel». Van ahilándose los mozos en la cancela de la iglesia y apenas frenan el bordonero de la conversación hasta que rompen las esquirlas de la misa anunciando el «Gloria in excelsis Deo». Con un sencillo simulacro teatral se dialoga musicalmente ante el Niño y llegan las pastoras por otra puerta, representadas en un grupo de muchachas, que unen sus canciones a las de los jóvenes, ofreciendo entre todos el «ramo» de roble o de encina, del que cuelgan cintajos abigarrados. La charanga del coro se conjuga con el órgano, y la misa prosigue mantenida a garganta plena.

En las tierras segovianas, donde se hace la ofrenda más pastorilmente, se atan los mozos un cinto colgado de cencerillos y esquilonos y entran haciendo retañir lo mejor posible su equitación, casi al trote, llegan en fila por la «senda» o pasillo central de la nave, guarnecido de estera de esparto, hasta la cuna del Niño, y es particularmente estimada la jovial travesura de depositar cabe el Belén, en lugar de unas monedas, un pájaro vivo que inicia su vuelo alborozado sobre las velas del altar mayor, y después de cien tanteos, seguidos por centenares de ojos, se duerme en las volutas doradas de un retablo. Vuelven los mozos tejiendo espirales sonoras bajo las naves; y en el recogimiento recobrado de la misa, suena de cuando en cuando la trampa de un tañido de cencerro.

Pasa la noche, aguantada bajo la helada o la ventisca, a fuerza de pas-

(Continúa en la página 11).

